

Recordando a Palmira

Un día de otoño de 1993 mi buena amiga Victoria Gómez me invitó a participar en una reunión para debatir su proyecto: dos señoras mayores de 70 años, antiguas exiliadas y ex-docentes pretendían fundar una universidad de mayores. Yo pensé que era una utopía.

En aquella primera reunión (y última para mí) nos juntamos en la cafetería del Ateneo Palmira, Victoria, José María Alameda (ellos tres serían luego socios fundadores de la UMER) y yo. Pasado un rato se incorporó Francisco Arnaiz Amigo (hermano de Palmira), acendrado senderista y tan escéptico como yo de que la idea pudiera llegar a materializarse.

La conversación de Palmira, la fuerza de sus opiniones, su voluntad de poner sus experiencias y conocimientos al servicio de los mayores resultaban fascinantes, aunque no lograron sacarme de mi escepticismo. Apoyada por Victoria, siempre en un discreto segundo plano, visualizaba los apoyos a buscar en el mundo académico, las tareas por cumplir, los cursos a dictar. Todo le parecía factible: llegarían los apoyos, se cumplirían las tareas y se dictarían los cursos a pesar de una total carencia de recursos. Su verbo fluido, su fino humor, sus ojos chispeantes y su sonrisa cómplice se encargarían de que así fuera. Y así fue.

Unos meses más tarde asistí a una de las primeras conferencias-coloquio que se celebró en la sala número 2 del IMSERSO. La pronunciaba José Luís Sampedro y versaba sobre su reciente libro *El río que nos lleva*. Conferenciantes y asistentes compartían una larga mesa de madera; otros la escuchamos de pié. La UMER había echado a andar. Aquello que me pareció increíble, la ilusión de Palmira y Victoria, la utopía, se había cumplido.

En 2001 me incorporé a la UMER como asociado y pude disfrutar de las intervenciones de Palmira, su simpatía con los conferenciantes, su fantástico manejo de los coloquios, sus oportunas intervenciones y hasta de sus canciones vascas en alguna comida

de Navidad. También de los recuerdos del exilio, de su estancia en Rumania (creo que la consideraba su segunda patria) y en la antigua Unión Soviética, de su militancia en el exilio y de su difícil regreso a España.

Después llegaron los inevitables problemas físicos, su residencia fuera de Madrid, sus dificultades para asistir a las reuniones. En 2005, con 89 años, tras trece años de ejercicio, se vio obligada a abandonar la presidencia de la UMER.

Te recordamos y te queremos, Palmira.

Francisco Acebes